

POLIFONÍAS

◆ CORAL ACUIRRE

Antes de lanzarme a encontrar materiales que pudieran dar un marco teórico a la interdisciplinariedad y de allí partir para, exhaustivamente, argumentar sobre la importancia de su práctica, antes de pensar desde otros y para otros, me gustaría por oposición partir de mí índole, de mis prácticas, de mis ideales inclusive, y relacionar el ser humano que uno ha decidido ser con el proyecto de incluir al Otro, lo Otro, lo que no me compete, lo que está lejos de mí, al extranjero, entendiendo por extranjería aquel que no habita ni comparte su comunidad ni conmigo, ni con mis propios caracteres,

haceres y decires, al que no entiendo, incluso a aquel que dice raro lo mismo que plantea mi pensamiento a veces, pero de tal modo que se vuelve mi contrincante. Asimismo salirme de la norma, de la esfera en donde supuestamente se realizan con eficacia los actos interdisciplinarios e incluso ver en ellos en determinadas ocasiones, mucha organización interdisciplinaria en gestos, en dinámicas, en programas, por lo que queda bien, por lo que está a la moda, o me han dicho que resulta lo mejor, lejos del acto de crear en un organismo vivo, los vínculos, las vertientes de una disciplina a otra, que es otra cosa.

El acto de intervenir los procesos y las producciones como elección, como decisión propia que me lleva a concebir lo que estamos tratando incluso si me parece bueno, con mirada crítica y problematizadora, de modo que sea yo misma quien decida la necesidad de la interferencia y la confrontación con una lengua extraña: la otra disciplina. Y no el auge que tiene la interdisciplinariedad en nuestros días. Al acto quiero decir, al acto de interdisciplinar, de reunir como si fuera una metáfora, aquello que pertenece a aquella área del saber con esta otra, al que me aboco y que me apasiona. Capacitarme cada día para saber enfrentar el reto que prefigura desde el primer momento el mundo complejo, visual, técnico, proteico y al mismo tiempo enrevesado cuyos trazos, líneas, caminos se bifurcan y se encuentran, se asaltan y se rechazan. Cuya resolución pareciera, vendría a ser lo interdisciplinario.

Entiendo ahora, en el proceso escritural, la dificultad que tuve en un primer momento de titular de algún modo este ensayo. Por dos cosas, porque poner interdisciplinario es obvio y dice poco, y porque estamos hablando de algo más que de reunir experiencias y hacer trabajos conjuntos en las ciencias y en las artes.

Y claro, yo vengo de la música, de mi mamá violinista, de la orquesta sinfónica donde ella como mi hermana y yo crecimos al empuje de los arcos sobre las cuerdas y por detrás de nosotras, la voz penetrante de los metales. Vengo de aquellos contrastes, contraste en Arte significa Ritmo, entre las maderas y las percusiones, de la vorágine de sus voces mezcladas. Y sin duda, ello me marcó para siempre. La estructura musical broquelada en mis neuronas, surge en todo momento: cuando escribo, como espectadora, cinéfila, teatrística, o investigadora. Porque qué es una polifonía sino la simultaneidad de sonidos diferentes amalgamados con exquisita armonía. Y cuando digo exquisita no me refiero a algo refinado o sublime sino a la fineza de saber engarzar lo luminoso con lo sombrío o por el contrario el arte de las matemáticas con el furor de los allegros de Mendelssohn, y que nosotros, sus receptores o en todo caso sus hacedores, percibimos como un todo legítimo. Como si lanzáramos un suspiro de alivio al advertir la comunión de la diversidad sonora, plástica, física, química, y cuánto más, en una amalgama que nos completa.

No obstante una composición polifónica sea cual fuere su carácter, no solo reúne diferentes voces sino que consta de diversas líneas de expresión de tal modo que según la persona, cada uno de nosotros podrá inclinarse más por una línea que por otra, por un camino a su guisa, vale decir por la propia melodía que lo colme más. Y lo que es mejor, al englobar el acto polifónico, la diversidad de ritmos, texturas, sonoridades, timbres, se pone en juego, digamos, otra manera de crear. Lo que ha de surgir de esa imbricación será el resultado de la diversidad de armonías, y sus relaciones. Y lo que es sorprendente, no por encuentro y reunión de materiales diversos habrá confusión, más bien la calidad de la mezcla permitirá reconocer la obra como un todo plástico, dúctil, afectivo. A todo ello me refería cuando decidí nombrar este texto como Polifonías.

Sin embargo no basta referirse a la multiplicidad de procedimientos en una obra común, hay a veces la inexperiencia del científico que cree haber descubierto el mundo y solo ha hallado la fórmula que el saber colectivo o especializado de un arte sabía desde antes sin preceptos y sin recetas. Y asimismo la necedad del artista que observa las ecuaciones sin darse cuenta que para quien las realiza lleva los ecos de una danza ritual o bien de un coro constituido por los resultados de muchos otros acentos grabados en el tiempo. Lo cual en muchos casos ha dado lugar a curiosos encuentros, como ha sucedido entre la neurociencia y el teatro. Específicamente la neurolingüística.

Alrededor de 1997 se descubre la función de las neuronas espejo. ¿En qué consiste esta función llevada a cabo por dichas neuronas llamadas desde entonces espejo? Resulta que se activan cuando un individuo realiza una acción, y también, cuando ese individuo ve realizada la acción por otro. El hecho de observar una acción provoca de forma inmediata la activación del mismo proceder en su fuero interno. Para decirlo con mucha sencillez: hay una suerte de programa motor neuronal en el observador que se activará durante la ejecución de la acción frente a sus ojos y sus sentidos, de tal modo que cuando observamos una acción, sin darnos cuenta la estamos rehaciendo en nuestro interior. Gran parte del aprendizaje del niño pasa gracias a sus neuronas espejo.

La generación de neurocientíficos abocados a estos procesos investigativos vislumbraron que tal vez los teatrístas pudieran abundar en el tema y darles luz sobre su propio descubrimiento. Qué otra disciplina sabría los efectos de la comunicación más que los actores. Para qué habrían de haberse preparado por siglos y siglos si de algún modo oculto no conocían su eficacia. Tengo una pléyade de compañeros de los tiempos en que estudiábamos en Argentina, que aportaron su experiencia, sus propias investigaciones y sus prácticas al descubrimiento de las neuronas espejo. Desde tiempos inmemoriales los actores supieron que la comunicación ente ellos y sus receptores pasaba por la excelencia de sus procedimientos expresivos. Pasaba porque su espectador activara esas neuronas de las cuales todavía no se sabía nada. El actor debía estar más vivo que en la vida misma para, en la situación imaginaria, despertar esos ecos neuronales en su espectador. Una verdadera paradoja que tiene que ver hondamente con la condición humana.

Imaginemos el encuentro: estoy segura que alguien habló de la antropología teatral con esos neurocientíficos, les habló de la presencia escénica ampliada por el tratamiento de la energía, les comunicó los trabajos realizados por esta corriente con biólogos como Jean Pradieu, los hallazgos y sus referencias. Recuerdo en una convención internacional en Dinamarca el asombro que nos deparó este gran científico al comparar el teatro oriental con nuestro teatro occidental señalando en términos y medidas biológicas la precisión que no provocaba ruidos, dijo, del teatro oriental en oposición al teatro occidental donde la falta de precisión, la improvisación caótica por desaprensiva u oportunista despojaba al hecho que se pretendía artístico precisamente de su carácter de obra de arte, al producir tanto ruido. Imagino la superficie del lago que prefigura la obra, sacudida por el infinito número de quiebres a causa de la gratuidad de movimientos, tics, simulacros. Ahora pienso en 50 o 60 años anteriores a ese encuentro en Dinamarca, en Antonin Artaud y su deslumbramiento frente al teatro balinés a partir de lo cual menospreció hondamente las expresiones estéticas occidentales carentes de rigor. Todo lo cual finalmente se ha comprobado científicamente.

Y de inmediato mi pensamiento corre detrás de lo que expresara Derrida, no hay origen, hay huella. Nuestro saber no tiene un origen determinado, no podemos señalar aquí comenzamos a ver, a reconocer, a darnos cuenta; estos procesos son inaprensibles, habitan en nosotros junto con el mundo y para entendernos a nosotros mismos debemos entender el mundo puesto que estamos integrados a él. En esa totalidad no hay antes o después, no hay saber de entonces y de hoy. Si nos fijamos bien, todo el saber humano se despliega en una catedral gótica cuya data es del *quatrocento*. Ergo lo interdisciplinar es un nombre que le hemos puesto a un saber viejo como ese mundo al que nos integramos al ser arrojados a él.

Históricamente hemos pasado del saber holístico al especializado y luego en el curso de los siglos la especialización ganó tanto terreno que un buen día nos encontramos navegando por aguas tan diversas que ya no podíamos reunir los saberes adquiridos para compartirlos amigablemente. Cada uno se encerró en su torre y desde allí lanzó las diatribas para que su disciplina y lo que ella suponía fuera reconocida como el centro de toda inteligibilidad. Hubo excepciones, por supuesto, por ejemplo los que formaron equipo con empíricos, los que sortearon el rigor de la Academia y se zambulleron en saberes populares aprendiendo de las voces de la experiencia. Pero por mucho tiempo reinó eso que en mi tiempo se llamó especificidad, mi especificidad, tu especificidad. Y lo decíamos como si nos hubiéramos puesto una coronita.

Sin embargo el ser humano sufre de un sentimiento de gusto e infinito al decir de Hoffmann, escritor, músico, dibujante, pintor, del siglo XIX.

Ese sentir rompe no solamente con “la especificidad” sino también con la consuetudinaria idea de dos culturas: la de las ciencias y la de las humanidades, enfrentadas. Aprender del arte y la literatura, es decir de la creación que no se pliega a los datos duros sino a un universo misterioso y poroso en donde también se alojan los saberes científicos sin que lo advirtamos a ciencia cierta, se vuelve así un aprendizaje de nuestros tiempos. Tal cual lo hemos visto en el descubrimiento de las neuronas espejo.

Felizmente, en la actualidad, acaso por la afrenta que ha significado el fin de las utopías en donde las creencias

EL BARROCO TERMINA EN ROCOCÓ, Y LAS CLASES REINANTES EN LAS OBRAS DE SHAKESPEARE EN LA DESCOMPOSICIÓN DE SUS VÍNCULOS Y LA DESTRUCCIÓN DE SU HERENCIA.

nos habían llevado a la certeza de un ser humano cada vez mejor y por ende con la posibilidad de crear sociedades más justas, se ha reparado poco a poco en que el segundo principio de la termodinámica, esto es, el carácter entrópico de ciertas leyes, se manifiesta tanto en el quehacer científico como en el de la literatura y el arte. Arte y entropía, ya lo había señalado Rudolf Arnheim, especialista en las artes y la educación artística, van de la mano y de la misma manera en que el primer principio de la termodinámica dictamina que la materia y la energía no se pueden crear ni destruir, sino que se transforman, y establece el sentido en el que se produce dicha transformación, la segunda ley de la termodinámica establece cuáles procesos en la naturaleza pueden ocurrir o no. De todos los procesos permitidos por la primera ley, solo ciertos tipos de conversión de energía pueden ocurrir. Así, cuando se deja caer una pelota de goma al piso, rebota hasta detenerse por completo, pero el proceso inverso nunca ocurre. Todos estos son ejemplos de procesos irreversibles, es decir procesos que ocurren naturalmente en una sola dirección. Ninguno de estos procesos ocurre en el orden temporal opuesto. Si lo hicieran, violarían la segunda ley de la termodinámica. La naturaleza unidireccional de los procesos termodinámicos establece una dirección del tiempo. Y durante ese tiempo lo que comenzó como una suerte de espíritu cósmico, me refiero al orden y comunión de los elementos, poco a poco se transforma en su opuesto, entropía, caos. Lo mismo en el campo de las ciencias, como en el resto de las actividades humanas. El barroco termina en rococó, y las clases reinantes en las obras de Shakespeare en la descomposición de sus vínculos y la destrucción de su herencia.

Pero volvamos a hacer una reconsideración de lo planteado hasta aquí.

En el principio era la danza y la danza era con el canto, y el canto era también palabra, y juntos palabra,

canto y danza invocaban a los dioses, conjuraban su poder, o se avenían a sus leyes mientras cielo y tierra confluían en un solo paisaje cuyos escorzos abarcaba la mirada de los hombres y los reunía entre sí: Hombre, Naturaleza, Dioses. Acaso fueron los estudios antropológicos emprendidos en la primera parte del siglo xx los

que llamaron a cuenta la dispersión del cosmos, en la cual habíamos caído. Para lentamente volver a ciertos principios que nunca debimos olvidar. Principios grabados en el corazón de la tribu, de la comunidad, del clan.

De tal modo que pudiera ahora abocarme a dar cuenta ante ustedes de lo mucho que se benefician las diversas disciplinas al aprovechar las unas las posibilidades de las otras. Revisar la Historia, la antropología, advertir aquellos comienzos de las ciencias como la química, la física, la medicina, soñar un poco con la alquimia cuyas fantasías a veces corroboradas, a veces no, alimentan nuestras invenciones hasta el día de hoy. Sin embargo a lo que quiero llegar es al corazón, a la médula de lo que ha venido a llamarse estudios interdisciplinarios o sencillamente interdisciplinarietà. Dejo de lado las obras del Renacimiento todas selladas por la misma intención abarcadora, las cosmogonías del mundo primitivo, la eficacia de nuestras etnias latinoamericanas en el uso y costumbres de lo interdisciplinario, la infinita marcha de los pueblos trabajando las formas de cultivar la tierra, el pensamiento, el arte, las maneras de concebir los derechos consuetudinarios y los derechos políticos, la confluencia de saberes para entender su Historia y legitimarlas en la tradición oral, luego escritural. Dejo de lado un saber tan antiguo hoy remozado, para hacer apenas algunos apuntes sobre la filosofía que, al menos para mí, presupone una actitud interdisciplinaria.

En esta época en que la deshumanización amenaza con volvernos prótesis de plástico y por el otro lado desde finales del siglo xx grupos de activistas de todas las layas, formación, cultura, utopías, pugnan por enarbolar la integridad de lo humano en la palabra inclusión, diversidad, iguales en las diferencia, la ética del otro, la ética de la compasión, y tanto más

que se ha acumulado en estos últimos años para ver si cumplimos de una vez por todas con aquellas premisas que dieron lugar a los tiempos modernos, me refiero a la cartilla de los derechos humanos, en estos tiempos repito que se manifiesta flagrantemente como un campo minado con fuerzas en pugna tan opuestas, la interdisciplinariedad deviene una filosofía, un modo de vida.

La práctica sistemática de las ciencias en busca de la integración de los saberes, la mirada de los pensadores de un lado y del otro, científicos y humanistas, promoviendo métodos e instrumentos para integrar un sistema, un modo de abordaje sistemático, el impulso de todos ellos en vistas a reformular el saber en confluencia con diversas disciplinas, reconociendo que no hay un modo de llegar, un modo de concebir tales o cuales fenómenos o invenciones, sino pensar el mundo, la materia y la energía de la que formamos parte y que habita tanto en nosotros mismos como en derredor, cuya multidimensionalidad reconocemos al admitir el carácter relativo de esos fenómenos sean cuales fueren, y a causa de todo ello, científicos y humanistas, maestros y artistas, catedráticos y artesanos, llamar al diálogo, en la diversidad de especialidades, fomentando la pluralidad de sesgos y perspectivas desde cada una de nuestras miradas, me parece el único ejercicio de vida que nos dignifica y acaso, permitiría salvarnos de la destrucción de nuestro planeta, ergo nuestra propia destrucción.

Quién puede levantar la voz diciendo que es inclusivo y que apuesta por la diferencia porque el otro es Otro con los mismos derechos y etc. etc. si en su propia profesión no admite que quizás esto

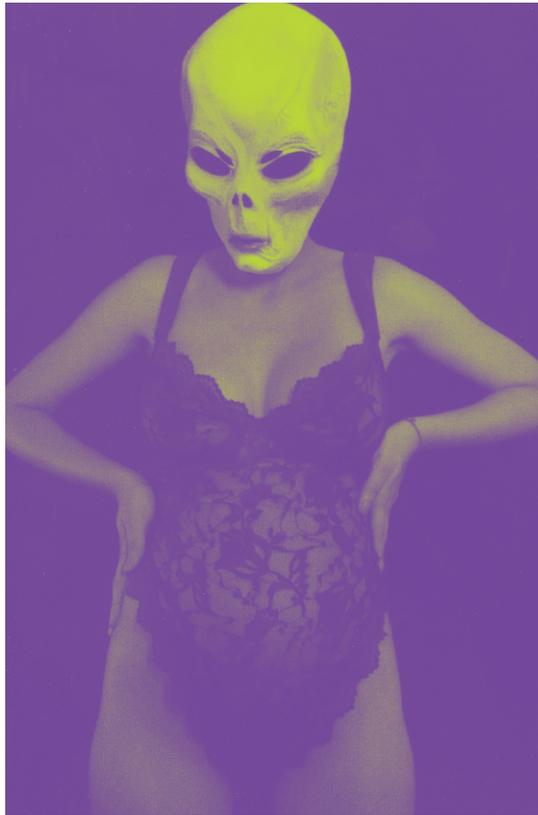
que está tratando de resolver, sea un hecho grupal, colectivo o individual, pudiera tratarse mejor con el conocimiento de otros profesionales, otros seres humanos con títulos o sin ellos que hubieron de reflexionar sobre lo mismo y llegado a conclusiones que pudieran compartirse.

Quién que se dice padre, madre o hermano y hermana, aceptaría entre sí sus propias diferencias ideológicas, sexuales, culturales, si en sus especialidades se aíslan con la extrañísima idea de ser autosuficientes. Quién que comparte con su ambiente, sus colegas o sus compinches, la diversidad de la que ellos mismos están hechos si en sus trabajos, en su tarea, en sus investigaciones, presupone que su propia mente se autoabastece de todo lo necesario para sus hallazgos.

Quién cree que la literatura, cada libro, la pintura, cada cuadro, es el resultado de ese autor y de ningún otro. Quién supone que la música culta es la invención de las mentes cultivadas y no de los pueblos que comenzaron con sus sonajas y sus tambores, luego con sus trompas y flautas, lo que terminó siendo la novena de Beethoven. Finalmente quién puede decir en estos tiempos y en todos los tiempos que los resultados obtenidos como humanidad, como

procesos civilizatorios, como Historia de los hombres y las mujeres que la realizaron con su sangre y sus huesos, es la consecuencia de una mente brillante, de un solo ser humano, de alguien que vino a salvarnos a todos como en las películas de Hollywood que tanto nos hacen reír.

Por eso para mí apostar a la interdisciplinariedad es un modo de concebir el mundo con los otros



LAS POLIFONÍAS HAN SIDO EL MODO QUE HE ENCONTRADO DE SOBREVIVIR EN MEDIO DE LAS GUERRAS Y LAS DESAPARICIONES. PERO TAMBIÉN LA DANZA HA ATRAVESADO MI VIDA INCLINÁNDOME A LOS GIROS Y LOS CAMBIOS DE POSICIÓN AL MISMO TIEMPO QUE A LOS VUELOS CONTRARIOS AL EQUILIBRIO Y LA RAZÓN.

y semejante a los otros en nuestras diferencias y particularidades. Como maestra de teatro siempre propongo ser un especialista de la pintura, como escritora estudio la Historia de México, la Historia de Argentina y las historias de los pueblos que sean necesarios. Como creadora de personajes, dramaturga o narradora, me zambullo en los conocimientos de ellos, si mi personaje Daniel es biólogo, llamo a compañeros biólogos que puedan darme una mano, si mi personaje es una antropóloga forense, estudio esta disciplina desde sus comienzos, leo libros sobre su trabajo en toda América Latina, el caso Ayotzinapa lo he seguido paso a paso, no ignoro nada referente a la tafonomía, al estudio de los huesos y su composición y su rastro en las vidas de los antropólogos y arqueólogos forenses. Si es arquitecto aprendo hasta la medida y los pesos adecuados para poder sostener un arco, una columna, una viga o un frontispicio. Y así voy, preguntando aquí y allá a los que saben sobre esta materia o esta otra sencillamente porque uno no es creadora a solas, se crea en medio y con las creaciones de sus semejantes.

Confieso que la música está en el principio de mis saberes y mis intuiciones. Las polifonías han sido el modo que he encontrado de sobrevivir en medio de las guerras y las desapariciones. Pero también la danza ha atravesado mi vida inclinándome a los giros y los cambios de posición al mismo tiempo que a los vuelos contrarios al equilibrio y la razón. Siempre digo

que como dramaturga soy teatrística y como teatrística, plástica. Hija del siglo xx soy por antonomasia por encima de todas mis profesiones, amante del cine y es el cine el que más me ha enseñado a propósito de la resistencia, los contrastes, la estética de los volúmenes, los colores, las texturas. Con el cine aprendí lo que es una caparazón formal inútil de puros recursos para asombrar la vista pero no la conciencia ni los afectos, y lo que también en su misma forma revela el entramado de lo humano, lo más humano. Y asimismo con él rechacé el melodrama, la autocompasión, los psicologismos, y otras yerbas dando lugar a la visión limpia del paisaje humano y el paisaje de la naturaleza, sin comentarios reiterativos ni mensajes verbales ideologizados, sola yo en la visión crítica de las tropas subiendo o bajando por las escaleras del *Acorazado Potemkin*, aprendiendo con Angelopoulos, en *La mirada de Ulises*, que solo Mozart en medio de una plaza destruida por la guerra podía darnos la dimensión de la violencia al mismo tiempo que de la propia soledad.

Digo pues que, apostar por el trabajo interdisciplinario es apostar por la vida, y sobre todo apostar por el tú y yo juntos. Es apostar por el diálogo en lugar del solipsismo, es considerar y aprehender otras maneras de ser y hacer, es reconocer que el conocimiento es un acto compartido, es hacer de la confrontación y la crítica no una acción de unos sobre otros sino la confluencia de visiones diversas que se encuentran y se completan. 